

San Pablo (1); ella la que nos hace comprender la longitud y la latitud, la altura y la profundidad del gran misterio de Dios (2), del gran Sacramento de la piedad divina (3) en la restauracion del Universo. Pero ya que no nos sea posible recorrer el inmenso campo de la caridad en todas sus manifestaciones, y que es fuerza reducirnos á consideraciones generales, ocupémosnos hoy de ella, como indiqué ayer, mirándola como donacion y sacrificio. Tambien bajo este punto de vista se nos presenta la Sagrada Eucaristía como la fuente de la caridad, y por consiguiente como principio fundamental de felicidad pública, elevando al hombre al sublime heroismo de todas las virtudes. Compendio de las admirables invenciones de Dios en favor de la humanidad, memorial eterno de los prodigios del amor divino que se da en alimento á los que le temen (4), el augusto Sacramento de nuestros altares es el foco de la caridad del hombre con el hombre, para que llegue la criatura á reflejar en la tierra la inefable bondad y caridad de Dios, y cumpla lo que dijo Jesucristo: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial (5).» Fijemos la proposicion. La doctrina de Jesucristo, única que inspira y enseña al hombre la caridad, considerada como donacion y sacrificio de sí mismo por sus hermanos: Primera parte. La Sagrada Eucaristía, estímulo, fortaleza y recompensa del hombre que se da y se sacrifica por caridad: Segunda parte.

(1) Ephes. III, 19.

(2) Ephes. III, 11, 18.

(3) I Timoth. III, 16.

(4) Psalm. CX, 4.

(5) Matth. V, 48.

PRIMERA PARTE.

La caridad, hermanos míos, es la donacion de sí mismo, el sacrificio que hace el hombre de lo que es y de lo que tiene en beneficio de los demás y en fuerza del amor, para que resulte de ello la felicidad comun. La caridad es por lo mismo la base de la perfecta sociedad. El hombre es esencialmente sociable. Sér que necesita de otros séres para el complemento de su vida y para la realizacion de sus destinos; sér que necesita de Dios y de los demás hombres, naturalmente se une á Dios y á sus semejantes.

Fijémosnos hoy en esta segunda sociedad. La constituye la reunion de hombres solidariamente unidos por los mismos derechos y obligaciones bajo la direccion de un Gobierno. Consiste principal y esencialmente en la comunicacion mútua de bienes y males, en la mancomunidad de derechos y deberes para la consecucion de la felicidad posible en el órden humano. Esta mancomunidad perfecta no puede existir sin la caridad, sin el verdadero amor. El hombre precisamente se alimenta en su corazon del egoismo ó de la caridad. El egoismo produce una repulsion, un réchazo de cuanto nos rodea. El egoista se aísla, cierra su corazon por miedo de que llegue hasta él un sentimiento que le obligue á ceder una parte de lo que mira como suyo, ó de lo que quiere para sí. El amor, por el contrario, produce la atraccion, es expansivo y generoso, y quiere la comunicacion de cuanto tiene, para hacer feliz al objeto de sus sentimientos. El egoismo, pues, se opone á la sociedad en sí mis-

ma y en su noble fin: es preciso matarle, acabar con él; y esto solo sabe y puede hacerlo la caridad, esa pasión que, cuando es noble y pura, es también esencialmente liberal y comunicativa. El amor no puede contenerse en sí mismo, necesita salir de sí, trasladarse totalmente al corazón amado, tener con él una misma vida, sacrificarse por él, dándose todo para satisfacerse á sí propio. Hé aquí lo que decía San Agustín: «A cualquier parte que me dirija, el amor me lleva: si él marcha, yo le sigo; si se detiene, me detengo; si sube ó baja, con él subo ó bajo también (1).»

El que ama, lo quiere todo para el amado. Si se ama á sí mismo, como el egoísta, lo quiere todo para sí: si ama á Dios, todo lo quiere para Dios: si ama á sus semejantes, para ellos lo quiere todo. Y el amor, que es un sentimiento que se manifiesta exteriormente en las acciones, se refunde por lo mismo en la donación y el sacrificio. Ved por qué he dicho que la caridad, que es el amor perfecto y santo, es la donación y sacrificio de cuanto el hombre es y de cuanto tiene, en beneficio del amado: la donación de sí mismo y de todos sus bienes, transmitiéndolo todo al amado, para comunicarle sus goces y remediar sus males, como si fueran propios. Tal es el verdadero lazo social; y este lazo lo establece solo el Catolicismo, porque él solo posee la fuente de la caridad.

El Catolicismo, Señores, es la sociedad del hombre con Dios, establecida por Jesucristo y perpetuada por la Iglesia que él fundó, mediante la fe, la gracia y los Sacramentos. Esta sociedad comunica al hombre la vida de

(1) *Pondus meum, amor meus; eo feror quocumque feror.* (S. Aug. Confes., lib. 13, cap. 9.)

Dios, y la vida de Dios es amor; y comunicada al hombre le hace participar de los sentimientos de Dios. Por ello promulgó Jesucristo el gran precepto, el mandamiento nuevo, no conocido antes en el mundo: «Amaos mutuamente, sin diferencia de amigos y enemigos: amaos todos, pero amaos como yo os he amado (1).» ¿Cómo nos ama Jesucristo; cómo nos manifiesta su amor? Por medio de la donación, por medio del sacrificio de sí mismo.

Dios, que lo criara todo, y todo lo dió al hombre en testimonio de amor, va más adelante en su donación, y sintiendo en sí un amor infinito, le hace un don infinito también; le da á su Hijo (2). Se nos ha dado un niño, nos ha nacido un hijo, exclama Isaías (3). ¿Cuál es su nombre? Emmanuel (4), Dios dado al hombre, Dios comunicado al hombre, Dios hecho compañero del hombre (5). Hé aquí la Encarnación: hé aquí toda la vida de Jesucristo. Dios, que se da al hombre como inteligencia; Dios, que se da al hombre como poder; Dios, que se da al hombre como amor; Dios, que se da todo al hombre, tomando la naturaleza humana. En esto, dice el discípulo amado de Jesucristo, en esto se manifestó la caridad de Dios hácia nosotros, en que envió á su Unigénito al mundo para que vivamos por él y vivamos de su misma vida (6). Este amor es el gran modelo presentado por el Catolicismo al género humano, y en vista del cual dice Jesucristo: «Amaos como yo os he amado:» daos unos á otros como yo soy un don del Padre, y como yo me doy

(1) Joann. XIII, 34.

(2) Id. III, 16.

(3) Isai. X, 6.

(4) Id. VII, 14.

(5) Matth. I, 23.

(6) I Joann. IV, 9.

á vosotros. Dad vuestros bienes, daos á vosotros mismos. Ved ahí la fuente de la caridad católica. Así es como Jesucristo excita en el corazón del individuo y en la sociedad esa pasión noble, esa necesidad de darse como inteligencia para ilustración del ignorante, como fuerza para apoyo del débil, y como riqueza, sobre todo, para socorro del desgraciado. Y cuando el hombre, sintiendo la presión del amor divino, exclama: Yo quiero amar, yo quiero darme; ¿cómo lo haré para corresponder á mi Dios? la religión dice: Da, da á Jesucristo en la persona del niño, en la persona del ignorante, en la persona del pobre. Fijándose en este último, en el pobre, dice Jesucristo al hombre: «Lo que hagas en favor suyo, á mí mismo me lo haces (1).» ¡Qué ideas tan sublimes inspira esta doctrina! ¡Qué armonía tan sorprendente prepara para el desenvolvimiento del plan divino en el orden social.

Por más esfuerzos que se hagan en el mundo, siempre habrá en la sociedad hombres que nadan en la abundancia, y hombres que viven en la privación y la indigencia. Así ha sido siempre, y así será. Son muchas las causas de esta desigualdad. Jesucristo ha dicho: «Siempre tendreis pobres entre vosotros (2);» y de esta palabra, como de todas las demás del Evangelio, dice el mismo Hijo de Dios: «No pasarán; antes pasarán el cielo y la tierra (3).» Como en prueba de ello, Jesucristo, que vino á ser el modelo del hombre en todos los estados, quiso ser pobre y serlo hasta el último extremo, para que no faltase al desgraciado un ejemplo divino y un consuelo celestial, viendo divinizada la pobreza en

(1) Matth. XXV, 40.
 (2) Joann. XII, 8.
 (3) Luc. XXI, 33.

Jesucristo, que llama además bienaventurado al pobre (1), y á él dice haber sido enviado de un modo especial (2). ¿Cuál es el designio de Dios sobre la humanidad, al dar á uno los bienes, la riqueza que niega á otros? Es, amados míos, el de que la abundancia de unos supla la indigencia de otros, á fin de establecer la armonía, que solo está en la gradación. Ved el grande orden de la Providencia. Según él, la donación de bienes, es decir, la limosna, es la primera y esencial condición de la vida social; y para que esta condición se cumpla, y esta donación se haga por la caridad, Jesucristo trasfiere sus derechos al pobre, haciéndole representante suyo, para que á él dirija el hombre el amor que debe á Dios. ¿Y quién será el rico que se olvidará del pobre ó le rechazará cuando en su persona viene el mismo Jesucristo á implorar su piedad, cuando es un Dios el que le dice: «Yo, que soy el Criador, de quien has recibido cuanto tienes; yo, que soy el Redentor, que por tu salud he bajado del cielo y me he dado á ti; yo, que te prometo una felicidad eterna, en reconocimiento de lo que te he dado, en retorno de lo que te tengo prometido, te pido un don? ¿Me negarás un tributo de las riquezas que por mí has recibido? Con esta doctrina desaparece el desorden de todas las pasiones. Conmovidos por la voz de su Dios, comprendiendo los sufrimientos y respetando los derechos del pobre, los ricos dan y se santifican por la caridad. A su vez los pobres devuelven al rico amor y gratitud, y se santifican con la humildad y la paciencia. El rico imita á Dios Criador, que lo posee todo, y pone su gloria en darlo todo; el pobre imita á Dios Redentor, que no poseyendo nada, pone su gloria en la desnudez

(1) Matth. V, 3.
 (2) Luc. IV, 18.

y el sacrificio; y enlazados ambos por la caridad, y abrazándose con la efusion de esta pasión divina, labran su mútua felicidad. Hé aquí la idea católica: hé aquí el plan social del Catolicismo, que une y estrecha los extremos por la caridad. En él, dice San Agustín, no se oye decir como á aquel jóven del Evangelio: «Señor, decid, mandad á mi hermano que divida conmigo su hacienda;» y á quien Jesucristo respondió: «Hombre, ¿quién me ha puesto por juez ó repartidor entre vosotros? Guardaos de toda avaricia, porque la vida del hombre no está en la abundancia de las cosas que posee (1).» Nosotros, continúa el santo Doctor, llevando la caridad hasta donde nos es posible, interpelamos al Señor, pero con otras palabras. «Señor, le decimos, decid á mi hermano que posea conmigo mi herencia. La codicia, el amor de la tierra, pide y quiere la division; la caridad no desea sino la reunion (2).

Volvamos al amor de Dios, á la caridad de Jesucristo. No solo nos la manifiesta con la donacion, sino tambien con el sacrificio. Se abate, se humilla, sufre, y muere; muriendo perdona, y perdonando salva. Nos amó, dice San Pablo, y se entregó á la muerte por nosotros (3). ¡Cuán grande aparece esta caridad! continúa el mismo

(1) Luc. XII, 15.

(2) Merito non audivit fratrem contra fratrem interpellantem et dicentem: Domine, dic fratri meo, ut dividat mecum hæreditatem..... ¿Quis constituit me divisorem hæreditatis inter vos? Colligere veni, non dividere; ideo, inquit, dico vobis: cavete ab omni cupiditate. Cupiditas enim cupit dividere, sicut charitas colligere. ¿Quid est autem cavete ab omni cupiditate, nisi impleamini charitate? Nos charitatem pro captu nostro habentes interpellamus Dominum..... sed non hac voce, non hac postulatione; ille enim dixit: Domine, dic fratri meo dividat mecum hæreditatem; nos dicimus: Domine, dic fratri meo, teneat mecum hæreditatem. (S. Aug. Serm. 6, lib. 17 Homil.)

(3) Gal. II, 20.

Apóstol. Apenas se encontrará quien se sacrifique por un hombre justo, mientras que Jesucristo se sacrifica por los pecadores, por los que la iniquidad tenia muertos, á fin de que recobren la vida (1): aún más; muere á sus manos, y ruega por los que le crucifican, y perdona á los que le insultan (2). ¡O caridad! ¡Cómo llega al exceso de que Cristo hablara con Moisés y Elías en el Tabór! (3) En esto, exclama San Juan, en esto acabamos de conocer el amor que Dios nos tiene, en que sacrificó su vida por nosotros: nosotros, á su ejemplo, debemos sacrificarla por nuestros hermanos (4).

En efecto; Jesucristo, perdonando á sus enemigos y sacrificándose por todos, confirma el sublime precepto del Cenáculo: amaos como yo os he amado. Con ello da un golpe de muerte al egoismo que domina el corazón humano; penetra los abismos de ese corazón, busca en sus más recónditos pliegues al egoismo, y lo arranca; se eleva á la region de las ideas, y las ilustra; desciende á la esfera de las acciones, y presenta el modelo. Recordemos la doctrina de Jesucristo. «Habeis oído que fué dicho: amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; más yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os hacen mal, rogad por los que os persiguen y os calumnian, para que seais hijos del Padre que está en los cielos, el cual hace nacer el sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los justos y los pecadores (5).» ¿Habeis alguna vez fijado la atención en estas máximas del Catolicismo: amad á vuestros enemigos; es

(1) Rom. V, 7, 8.

(2) Isai. LIII, 12; Luc XXIII, 34.

(3) Luc. IX, 31.

(4) I Joann. III, 16.

(5) Matth. V, 43 et seq.